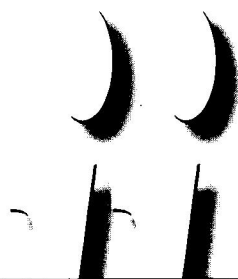


Filosofías de la universidad. Del conflicto de las facultades a los conflictos de racionalidades



Francisco Naishtat*

Introducción

En este artículo intentamos describir un cierto arco hermenéutico de la universidad moderna en torno a dos polaridades, a saber:

a) En un extremo, el *conflicto de las facultades*, una expresión que tomamos de Kant (*Der Streit der Fakultäten*, 1798) y que es paradigmática del nacimiento de la universidad moderna, como subversión del orden universitario medieval, a través de la figura del conflicto, constitutivo e inmanente a la moderna universidad, entre, por una parte, “la facultad inferior”, es decir, una facultad de filosofía (con sus departamentos de disciplinas sistemáticas –filosofía, matemática, ciencias naturales– y de disciplinas históricas –lingüística, historia, antropología–), la cual, en su condición ilustrada aunque desprovista de toda autoridad y poder externos, y por ello mismo “Facultad inferior” (Kant, 1798:64 y ss.), pugna por ejercer su juicio crítico de verdad, no sólo dentro del dominio específico de la ciencia pura sino, además, en las esferas reservadas a las otras facultades profesionales, abriendo conflictivamente una incumbencia crítica y desafiante en los demás campos de conocimiento, y subvirtiendo, como facultad racional, autónoma y emancipada de la tutela religiosa, el orden tradicional del conocimiento. La Facultad inferior se opone, por ende, a las facultades profesionales, llamadas “superiores” (Kant, 1798:67 y ss.) según la vieja tradición medieval pero que, en su condición heterónoma, bajo la

* UBA y CONICET. Proyecto PICT 25508

tutela de la reglamentación externa del Estado o del orden eclesiástico (teología, derecho y medicina), albergan una dotación de autoridad y potencia externas que contrasta con la privación de poder de la facultad "inferior" y, por ello mismo, resisten, dentro de su propia esfera de autoridad, el juego crítico y desafiante de una razón ilustrada, que procede de la facultad de filosofía. Este conflicto de las facultades –y aquí yace el nervio moderno de la mirada de Kant–, no es un episodio transitorio y destinado a ser superado, sino que "dicha querrela no puede cesar jamás y la facultad de Filosofía es quien debe estar siempre en guardia a este respecto" (Kant, 1798:84).

b) En el otro extremo de nuestro arco hermenéutico, encontramos no ya un conflicto central entre una razón dotada de vocación crítica y pretensiones autónomas, por una parte, y la resistencia heterónoma de las facultades reguladas por la otra, sino una multiplicación de conflictos de racionalidades, cuando no una lisa y llana *partición de la razón*, intensificada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, donde cada actividad universitaria subtiende una multiplicidad de perspectivas de sentido y de racionalidad en vez de un solo frente de conflicto entre la Ilustración y la tradición. La partición universitaria de racionalidades y lenguajes particulares contrapuestos, según diferentes segmentos de actividad, está sin embargo regulada por una razón funcionalista y formal que es indiferente a los contenidos y que se expresa en una des-referencialización de la universidad en relación a la carga normativa de la Ilustración.

Hoy nos encontramos por ende con una multiplicidad de líneas transversales de conflicto y, a la vez, de coexistencia indiferente, pero en el marco de una razón funcionalista y sistémica, cuya función no es ninguna emancipación en relación al orden intelectual tradicional, sino la administración de una conflictividad que la excede, expresada en la partición de racionalidades en el espacio universitario, que la regulación sistémica intenta contener, a través de sus parámetros de gobernanza y de gestión acordes con criterios econométricos de optimización, en el marco de un modelo segmentado y agudamente diferenciado de educación superior, de variadas velocidades y contrastadas condiciones sociales.

Tal es el arco hermenéutico de la moderna universidad: por una parte, el extraordinario ímpetu subversivo y transgresor de la promesa ilustrada, sus anhelos, utopías concretas y entusiasmo espiritual ligados al ideal de la ilustración universitaria, tomados como fuerzas históricas emancipadoras, aunque sin el poder ni la autoridad política del Estado, ni la potencia económica propia del empuje mercantil, ni la autoridad institucional de la tradición religiosa; por otra, las frustraciones y el desencanto, ligados al sometimiento de esa libertad espiritual, a la luz de las presiones sistémicas y de los avatares políticos, junto a la fetichización de la lógica económica y la consagración del funcionalismo como interpretación de la educación superior en el mundo contemporáneo, pero también, asimismo, de una conflictividad transversal por el sentido, que marca el exceso agonal de lo universitario en relación a lo sistémico.

Los anhelos utópicos y las promesas que impregnan el ideario ilustrado en la universidad, en el que los contenidos conceptuales de las ideas de la *Bildung* y, más tarde, del *demos universitario reformista*, desempeñaron un papel extraordinario, propenden hoy a ser vistos desde una memoria *presentista*¹ como meros engaños o bloques de ideología o de falsa conciencia destinados a desmoronarse como máscaras frente a una modernización desencantada. Sin embargo, una *memoria crítica*, que mantiene a distancia la presión *presentista*, permite establecer, inversamente, que la Ilustración ha sido (y hasta cierto punto es todavía espectralmente) una fuerza histórica auténtica del campo hermenéutico de la universidad: en vez de poner el acento en la ingenuidad de la proclama ilustrada frente al engaño y al desencantamiento modernos, es conveniente por ende tomar nota de la bipolaridad del arco hermenéutico, desplazando un instante el ángulo de foco y poniendo en suspenso, en *epojé*, la teleología negativa de la modernidad, para tomarse en serio las utopías, los anhelos y los ideales ligados a la Ilustración, es decir, dando a la contingencia, y no al destino, el ángulo de mira, y mostrando cómo, en la definición de la universidad moderna, una fantasmagoría o una promesa definen, como auténticas energías históricas, un polo del arco hermenéutico de la universidad. De este modo podremos comprender también en el otro polo, es

1. Para la noción de "presentismo" como un régimen de historicidad que privilegia la dimensión del presente como patrón normativo latente o manifiesto para la reconstrucción historiográfica en detrimento del distanciamiento del trabajo historiográfico y de su dialéctica, véase Hartog, 2003.

decir, en el momento contemporáneo, un cierto retorno espectral de la Ilustración como exceso crítico siempre presente en relación a la cultura sistémica.

Desde este punto de vista, la dialéctica de la ilustración universitaria que es propia de este arco hermenéutico se encuentra más cercana a Walter Benjamin que a la dialéctica del iluminismo de Adorno y Horkheimer, en la medida de la predilección del primero por la densa carga contradictoria de la modernidad, plasmada en su idea de *imagen dialéctica* y de *constelación* (Benjamin, 2005), en su dualidad conflictiva, cargada del fetichismo y del extrañamiento capitalistas, ciertamente, pero también de la utopía y de la temprana proclama emancipadora, como un signo del campo agonal de lo universitario, y no como un mero esquema empañado *ab ovo* en su lógica negativa de la identidad. En este sentido, no es mero azar que sea precisamente en su opúsculo sobre la Universidad, es decir en su *Conflicto de las facultades* (1798), que Kant entregue, ya en pleno termidor, el homenaje más conmovedor y a la vez más lleno de matices hermenéuticos, a la Revolución francesa (Kant, 1798:160).

El conflicto de las facultades, la crítica y la historia

Se ha observado muchas veces que en el mismo momento (1793) en que en la Francia revolucionaria se decretaba, sin demasiada repercusión, el cierre de unas universidades ya carcomidas por la reacción clerical y al servicio de una cultura reputada muerta y alejada del espíritu de la *Ilustración*, en Alemania se planteaba la exigencia de pensar la transformación de la universidad de cara a las exigencias de la *Aufklärung*, pero preservando precisamente su carácter universal, pluridisciplinario y sistemático, heredado de la tradición de la *Humanitas*. Kant, además de ser en ese momento un reconocido filósofo en toda Europa, había ejercido en carne propia la dirección de la Universidad de Königsberg, ya que en 1788 había sido decano de la Facultad de Filosofía y luego rector de esta Universidad, enclavada en la Prusia Oriental.

No viene al caso intentar resumir aquí su *Streit der Fakultäten*. Notemos simplemente que los nombres de “*Facultad inferior*” y “*Facultad superior*” proceden de la tradición medieval, que subordinaba la antigua *Facultad de Artes Liberales*, con su *Trivium* y su *Quadrivium*, a la Facultad Superior: la de Teología en la Universidad de París – “*Philosophia ancilla theologiae*”²– y la Facultad de Leyes en la Universidad de Bolonia. Pero de esta tradición medieval Kant sólo mantiene el nombre y subvierte radicalmente el espíritu, ya que bajo su concepción es la facultad “inferior”, precisamente, la única que pasa a poseer en la universidad moderna una *libertad absoluta e incondicionada*, prescindente de las regulaciones y los condicionamientos que padecen las facultades “superiores” de parte del Estado, aunque ciertamente carezca de la autoridad, el poder y la incumbencia profesional que poseen estas mismas facultades “superiores” en el dominio de la vida social extra-universitaria³.

Ahora bien, la originalidad y, en más de un sentido, la actualidad del pensamiento de Kant acerca de la universidad es haber pensado la conflictividad entre la facultad de filosofía y las facultades superiores, no como un accidente histórico superable con una política adecuada, sino como un conflicto estructural y constitutivo de la universidad moderna y, en este sentido, como una tensión permanente e insuperable. Este conflicto, en el que la facultad de filosofía ilumina al resto de la universidad –Kant *dixit*⁴–, no es simplemente el de una misión que tiene por finalidad el conocimiento en su pura universalidad, como valor en sí mismo, y el de unas facultades reguladas por el servicio a la sociedad que las circunda. Se trata también del derecho de la facultad inferior, regida por el *Sapere aude* (el atreverse a saber) como leitmotiv de la *Ilustración*, a tener una mirada crítica en aquellas cuestiones de orden teórico y reflexivo que las otras facultades no pueden resolver por sí solas. En este sentido, la facultad de filosofía está en derecho de reclamar de las otras disciplinas cualquier asunto atinente a la verdad. Ahora bien, más allá del nombre que demos a la facultad inferior, Kant piensa que toda institución universitaria ha de contar con una facultad semejante en la base misma de su arquitectura racional.

2. “La filosofía es esclava de la teología”, dictum escolástico.
3. En su texto de 1784 “¿Qué es la Ilustración? (“*Was ist Aufklärung?*)”, Kant suministra ejemplos de lo que considera “el uso privado de la razón” como uso subordinado, que distingue del “uso público de la razón” como uso incondicionado y libre. Ahora bien, significativamente, los ejemplos que Kant suministra “del uso privado de la razón” encajan con las Facultades que en el texto de 1798 llama “Superiores”, en particular, el del médico y del sacerdote; en cambio, su noción de uso público coincide con la facultad inferior; véase Kant, 1784.
4. “Así suele decirse, por ejemplo, que la filosofía es la sierva de la teología (e igualmente de las otras dos [Facultades superiores]). Pero no se aclara “si va detrás de su graciosa señora, sujetándole la cola del manto, o si más bien la precede iluminándola con su antorcha”, en Kant, 1795 [2003:7].

En la manera en que se plantea en Kant el problema de la universidad hay ya por ende un diagnóstico moderno, el de una situación conflictiva que hasta hoy percibimos en sus manifestaciones profundas en toda la amplitud del espectro universitario: no sólo la manifestación de un conflicto y una crisis estructural entre perfiles y saberes diferentes, sino del conflicto entre el legado crítico de la universidad como razón incondicionada y libre, y su función condicionada y subordinada por funciones y fines heterónomos que derivan del Estado y la sociedad. Ahora bien, esta reflexividad crítica ingresa para Kant en la reforma de la universidad moderna en un momento histórico particular que es el de la *Aufklärung*, el de la *Ilustración*, momento en el que los individuos, mediante el uso público y crítico de la razón, se vuelven autoconscientes de la historia que protagonizan, y dejan de padecerla como si ésta les cayera de afuera⁵.

El conflicto de las facultades no es por ende ajeno a los *signos históricos* (*historische Zeichen*), que permiten dar consistencia política a la idea ilustrada de una emancipación por el saber, como lo muestra suficientemente el conflicto analizado por Kant, en la segunda sección de su *Streit der Fakultäten*, entre la Facultad de Filosofía y la Facultad de Derecho, bajo el sugerente título de "Replanteamiento de la pregunta sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor". Se trata del conflicto en torno a la naturaleza y el sentido de las leyes civiles, que la Facultad de Derecho propende a considerar desde la autoridad de la ley positiva, y la Facultad de Filosofía desde la autoridad de la razón. Para dirimir este conflicto, Kant da un rodeo por la interpretación de la historia universal, mostrando que aunque nada se pudiera inferir de la misma en cuanto a si nos hallamos en un progreso, regresión o estancamiento, podemos en cambio reconocer algunos "signos" (*Zeichen*) que nos permiten conjeturar en ella una *disposición moral de la humanidad*, de donde podemos extraer un horizonte de esperanza en la historia universal que incline la hermenéutica histórica a favor del sentido y en contra del sinsentido, desechando la interpretación pesimista de la historia humana como vanidad, locura y violencia, a pesar de las dosis de locura y violencia que

5. Cf. M. Foucault (1984) sobre el artículo de Kant "¿Qué es la Ilustración?".

encontramos ciertamente en el desenvolvimiento histórico. Como se sabe, Kant descubre dicho signo, no ya en el desarrollo de los acontecimientos empíricos, siempre marcados por avances y retrocesos, sino, sugerentemente, en la *recepción pública del acontecimiento revolucionario*, es decir, según Kant, en el *entusiasmo (Enthusiasmus)* de la recepción pública de la Revolución de 1789, es decir, el entusiasmo no meramente de los actores del drama revolucionario, sino de los *espectadores*, es decir, los públicos, cuyo entusiasmo es para Kant históricamente decisivo, ya que vendría a delatar la revolución más perdurable, a saber, el cambio de mentalidad histórica.

Lo radicalmente sugerente en esta sección del *Conflicto de las Facultades* es la irrupción intempestiva, en el seno de un conflicto universitario entre la Facultad de Filosofía y la Facultad de Derecho, del acontecimiento revolucionario, pero no en los términos de una historia positiva, sino de una historia crítica, ya que reviste el carácter de interpretación crítica de signos. La historia crítica viene aquí a clavar una cuña entre una Facultad de Derecho, limitada por la consideración positiva y corta de alcance de la legislación civil, y la Facultad de Filosofía, cuya singularidad historicista aquí consiste en capturar la legislación desde un fondo crítico de disposición moral de la humanidad en la historia, desde un horizonte de esperanza. Esta perspectiva historicista no puede fundamentarse en datos empíricos, sino solamente en *signos (Zeichen)*, interpretados desde la guía heurística que suministra la doctrina del juicio⁶. Pero aquí el signo por excelencia es para Kant el *entusiasmo (Enthusiasmus)* de los públicos desinteresados, en un paralelo con el juicio estético de lo bello y lo sublime, como signo de una disposición moral en la humanidad. La Revolución francesa, por intermedio del entusiasmo de sus públicos, aprehendido en el juicio como signo (*Zeichen*) de disposición moral en la humanidad, viene así a terciar intempestivamente entre la Facultad Inferior y la Facultad Superior de la Universidad y a oficiar de segunda fundación universitaria, no como la subordinación política de la Universidad al Estado, que es la manera en que Napoleón interpretará el momento revolucionario en la universidad, sino como la incorporación de la crítica incondicionada en la base de la arquitectónica universitaria:

6. Para un paralelo entre este pasaje del *Conflicto de las Facultades (Streit der Fakultäten)* sobre el entusiasmo de los públicos por el acontecimiento revolucionario de 1789 y la teoría kantiana del juicio estético, véase la tercera crítica de Kant (*Kritik der Urteilskraft*), en: Kant, 1790. *Asimismo* Lyotard, 1994 y 1999:139-208.

En la especie humana ha de hallarse alguna experiencia que, en cuanto acontecimiento, indique una índole y una capacidad de dicha especie para ser causa de su progreso hacia lo mejor, así como (toda vez que esto ha de ser el acto de un ser dotado de libertad) para ser autor del mismo (...). Este acontecimiento no consiste en las relevantes acciones o en los alevosos crímenes ejecutados por los hombres, merced a lo cual se empequeñece lo que era grande entre los hombres o se engrandece lo que era pequeño, haciendo desaparecer como por arte de magia las antiguas y esplendorosas edificaciones políticas, para poner en su lugar otras surgidas cual de las entrañas de la tierra. No, nada de eso. Se trata simplemente del modo de pensar de los espectadores que se delata públicamente ante esta representación de grandes revoluciones, al proclamar una simpatía tan universal como desinteresada hacia los actores de un bando y en contra del otro, pese a lo fatal que pudiera reportarles esa parcialidad, pero que demuestra (a causa de la universalidad) un carácter del género humano en su conjunto y al mismo tiempo (a causa del desinterés) un carácter moral de la humanidad, cuando menos como disposición, que no sólo permite esperar el progreso hacia lo mejor, sino que ello mismo ya lo constituye, en tanto que la capacidad para tal progreso basta por el momento. La revolución de un pueblo pletórico⁷, que estamos presenciando en nuestros días, puede triunfar o fracasar, puede acumular miseria y atrocidades en tal medida que cualquier hombre sensato nunca se decidiese a repetir un experimento tan costoso, aunque pudiera esperar llevarlo a cabo venturosamente al emprenderlo por segunda vez y, sin embargo, esa revolución —a mi modo de ver— encuentra en el ánimo de todos los espectadores (que no están comprometidos ellos mismos en el juego) una simpatía conforme al deseo que colinda con el entusiasmo y cuya propia exteriorización llevaba aparejada un riesgo, la cual no puede tener otra causa que una disposición moral en el género humano (Kant, 1798:159-160).

Paradójicamente, en el momento mismo en que la Francia revolucionaria procedía a barrer de un plumazo la Sorbona y la autonomía de las viejas universidades para sustituirles las escuelas centrales superiores (*Grandes Écoles*), Kant llevaba adelante en Prusia una reflexión orien-

7. La expresión de Kant es en verdad aquí *eines geistreichen Volks* ("un pueblo pletórico de espíritu"), Ak. VII, 85.

tada a servir de refundación filosófica de la universidad, e inscribía toda esta reflexión en el horizonte histórico abierto precisamente por la Revolución Francesa. Es que los avatares propiamente acontecimentales de la Revolución no importaban tanto como el sentido mismo del acontecimiento interpretado a la luz de una perspectiva crítica. Y desde este punto de vista Kant podía retener en el acontecimiento revolucionario la clave de una disposición moral de la humanidad en la historia. Sabemos que esta disposición moral no implica para Kant ninguna santidad del hombre ilustrado, ni tampoco una culminación de la historia en un reino de fines; el hombre se desempeña siempre para Kant en las condiciones de su finitud y de lo que Kant llama el "mal radical" (*Radikale Böse*)⁸, es decir, el conflicto profundamente enraizado en la criatura humana entre sus disposiciones morales y su propensión deliberada a ignorarlas por mor de amor propio y de egoísmo. Pero esa disposición moral significa, en cambio, la conjetura heurística y crítica, *a priori* indecidible, de una *dinámica de cambio favorable a la libertad humana en una historia infinita*, es decir, de un progreso de las condiciones históricas bajo las cuales el hombre despliega sus disposiciones racionales, y en cuyo programa se halla la realización del estado constitucional de derecho y la federación de estados republicanos en vista de una paz cosmopolita⁹.

Kant no menciona nunca en su *Streit der Fakultäten* la palabra *Bildung*, y sin embargo este opúsculo tendrá una repercusión central en el debate que seguirá en Alemania en torno a la universidad, y cuyo resultado más visible es la fundación de la universidad de Berlín en 1810, en donde las ideas de autonomía preconizadas por Kant para la facultad inferior se generalizan para el conjunto del sistema universitario pensado simultáneamente como público y autónomo, y donde las unidades entre la docencia y la investigación por una parte, y entre las humanidades y la ciencia por la otra, se vuelven una condición constitutiva de la *Bildung*.

No es este el lugar para analizar la evolución de este movimiento universitario, que reservaba a la imbricación entre las humanidades y la ciencia un papel dinámico y motor en la arquitectónica de la universidad moderna. Más

8. Para la cuestión del mal radical en Kant (*radikale Böse*) véase Kant, 1793, primer capítulo. Igualmente, Naishtat, 2005.

9. I. Kant, "Idea para una historia universal en clave cosmopolita" (*Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Ansicht*), en: Kant, 1784.

bien nos interesa pasar ahora al desgarramiento drástico de este modelo, que sobreviene cuando la Universidad moderna abandona el ideal de una unidad formativa de la educación superior en provecho de unas especializaciones científicas pensadas en adelante fragmentadamente, como la condición existencial de una vida académica que separará radicalmente la ciencia de las humanidades y de la cultura, abandonando el papel del saber en la emancipación y en la formación. ¿Cómo ha sido posible este tránsito de la *Bildung* a la especialización descarnada, cuyo emblema más notable es el sacrificio fáustico, mefistofélico que realiza el científico moderno por la simple verdad?

El desencantamiento de la ilustración: del conflicto de las facultades a los conflictos de racionalidades

Si la Ilustración ha sido interpretada como un “desencantamiento del mundo” (*Entzauberung der Welt*), es decir, en términos de Max Weber (1922), como “racionalización de las imágenes del mundo”, en cuanto relación con el mundo que “deja afuera del control racional del mundo la magia y la religión”¹⁰ y la reemplaza por otras técnicas “racionales” fundadas en la previsión científica, a su vez la Ilustración generó nuevas expectativas y esperanzas bajo el modo de la inmanentización histórica de la redención, expresada entre los siglos XVIII y XIX en una filosofía secularizada de la historia, a través de la utopía de una emancipación humana por obra del saber mismo y de la educación, que redundaría en una autoconciencia reflexiva de una historia que no sólo se deja narrar sino que se debe hacer, en términos de interacciones y de transformaciones desarrolladas por los hombres. Desde este punto de vista, la caída de la filosofía de la historia experimentada desde las catástrofes bélicas del siglo XX –donde la ciencia, la técnica y la cultura más elaboradas se ponen al servicio de la destrucción–, sella otra faceta del desencantamiento, que bien podríamos llamar “desencantamiento de la Ilustración”, en los términos de la supresión del contenido utópico asociado al desencantamiento ilustrado del mundo: por una suerte de dialéctica circular, el *desencantamiento se desencanta a sí*

10. Grossein, 1996:110.

mismo y culmina en una imagen de sí privada de contenido emancipador, que se resuelve en la marcha de los tiempos de la actual globalización, como sociedad compleja de riesgo, en la que las expectativas de “un futuro sin porvenir” se cifran de manera minimalista como biopolítica al servicio de la conservación de la vida en la Tierra y no ya de una emancipación de la humanidad.

Ahora bien, en el tránsito de la universidad moderna a la universidad contemporánea, este *desencantamiento de la Ilustración* se expresa en fases, modelos y episodios diferenciados según los países y las culturas académicas nacionales. Sin embargo, podemos privilegiar típicamente dos fases distintas, a saber, en primer lugar, *el ethos de la especialización*, como parte de la secularización en términos de diferenciación de esferas de verdad. Las especialidades ya no conforman un conflicto central en la universidad entre una facultad autónoma, distinguida en su condición racional pura, y unas facultades profesionales heterónomas, como en el paradigma kantiano del conflicto de las facultades, sino que se desenvuelven a través de la diferenciación intensiva de procesos epistémicos, generando una multiplicidad de esferas de verdad, con sus propias pautas metodológicas. El *ethos* de la verdad científica no se erige ahora en una prerrogativa crítica de la razón en tensión contra la tradición, sino que sólo aspira a su diferenciación respecto de las otras esferas de valor de la sociedad secularizada, como la política o la religión, que aparecen tan legítimas en sus esferas respectivas como la verdad científica en la suya.

En segundo lugar, el desencantamiento cobra una nueva expresión, que es típica de la universidad contemporánea, a través de la figura de la gestión burocrática y econométrica de la educación superior masificada, es decir, la gestión del saber en el marco de las sociedades postindustriales, regulada por pautas generales y abstractas, como la *excelencia* o la *pertinencia*, en un sistema de educación superior donde el funcionalismo se expresa en una des-referencialización de la universidad, en términos de procesos que se evalúan y se clasifican en *rankings* por su coherencia formal con pautas funcionales de excelencia o de pertinencia, sin referencia alguna a la carga normativa de la Ilustración, en términos de inherencia histórica, política o cultural del

moderno saber. Sin embargo, la universidad no puede reducirse a la faz visible de su gobierno sistémico y funcional, sino que, a través de sus prácticas epistémicas concretas, persiste en albergar una conflictividad que es prueba de su propia indisciplina, de su propio "exceso" e irreductibilidad sistémica; esta conflictividad se expresa en luchas de racionalidades, que pugnan por interpretar el saber superior en la sociedad compleja de riesgo: los conflictos de racionalidades atraviesan cada práctica y cada saber allí donde éstos ya no se desenvuelven como conflicto entre facultades de la universidad. Las racionalidades instrumental, crítica, hermenéutica, social definen por ende un campo agonal universitario apenas disimulado tras la superficie pulida de la gestión formal y burocrática pretendidamente neutra de la vida académica: los hallamos en cada actividad del saber por poco que hurguemos en sus condiciones contemporáneas de existencia.

El ethos de la especialización del saber

Es conocido el pasaje, al inicio de *La ciencia como vocación*, en el que Max Weber, con su peculiar mordacidad, anticipaba en una fórmula el sentido de la profesionalización académica:

Hoy en día, una realización verdaderamente buena y definitiva siempre es una realización especializada. Y más vale que se mantengan apartados de la ciencia los que se sientan incapaces de ponerse anteojeras, por decirlo así, y de acostumbrarse a la idea de que el destino de su espíritu depende de que logren formular la conjetura correcta en tal párrafo de tal manuscrito. (Weber, 1986: 86-87)

Desde la óptica de Weber, la universidad moderna se inscribe en un proceso de racionalización y desencantamiento, el cual conduce a la erosión de varias de las articulaciones humanistas y científicas establecidas en el modelo humboldtiano de universidad heredado de la Ilustración, a saber:

- a) Abandono de toda pretensión unificada del conocimiento en favor de una especialización descarnada de las disciplinas y de la investigación, donde cada rama

especializada del saber detiene sus propios parámetros heurísticos y epistemológicos.

- b) Abandono consiguiente de una "idea de universidad" como alma o espíritu sustantivo de la organización universitaria, cara al idealismo alemán. La universidad pasa a explicarse como organización burocrática, regida por parámetros competitivos, y descansa en las formas de legitimidad legal-racional inherentes a los modos modernos de burocracia.
- c) Abandono de toda filosofía del progreso. La historia vista como progresividad, a la que había quedado constitutivamente ligada la Universidad de la *Bildung*, carece ahora de todo fundamento científico. Para Weber, el sentido histórico es aquél que cada cual esté dispuesto a brindar en su lucha política por los valores. Weber considera en adelante la historia como una lucha politeísta entre dioses y demonios diferentes, sin que ninguno de éstos posea para sí una verdad que pueda decirse superior a la del otro:

El destino de una época de cultura que ha comido del árbol de la ciencia consiste en tener que saber que podemos hallar el sentido del acaecer del mundo, no a partir del resultado de una investigación, por acabada que sea, sino siendo capaces de crearlo; que las "cosmovisiones" jamás pueden ser producto de un avance en el saber empírico, y que, por lo tanto, los ideales supremos que nos mueven con la máxima fuerza se abren camino, en todas las épocas, sólo en la lucha con otros ideales, los cuales son tan sagrados para otras personas como para nosotros los nuestros. (Weber, 1913:46)

- d) Abandono consiguiente de toda unidad entre la Universidad científica y la política. La ciencia sólo puede brindar un auxilio instrumental a la política, pero nunca podrá decirnos qué *debemos querer*. A lo sumo, la ciencia nos dirá qué *podemos querer*, y en algunos casos qué *queremos* (Weber, 1913:44). En consecuencia, el científico debe privarse de los juicios de valor sobre la realidad que analiza, como también de extraer conclusiones normativas de deber a partir de sus premisas fácticas.
- e) Estricta división moderna entre la autoridad científica de la universidad, radicada en los departamentos, y la autoridad política de la universidad, radicada en su organización rectoral y en su aparato burocrático y

administrativo. Esta división ha sido el fundamento del bicefalismo de la universidad anglosajona, donde se distingue claramente los consejos de administración y los consejos científicos, la autoridad política rectoral de la autoridad científica y disciplinar de la cátedra y el departamento¹¹.

Ahora bien, esta matriz de la ciencia y universidad weberianas, muy escuetamente definida, no debe confundirse con una concepción cínica, privada de un *ethos*. Según Weber, el científico de la era especializada posee ciertamente un *ethos*, que está regido por el sacrificio fáustico al demonio de la verdad, aun cuando dicha verdad se encuentre debilitada por una notoria ausencia de universalidad cognoscitiva, de necesidad histórica, de proyectividad política o de perennidad epistemológica. Pero precisamente, ese sacrificio casi mefistofélico al demonio de la ciencia es tanto más existencialmente defendido y sentido cuanto que carece de la trascendencia moral y política que el siglo de las Luces pretendía para una ciencia vivida como emancipación cierta contra las fuerzas de la oscuridad. Para Weber, la luz que aporta la ciencia no puede ser ya sino precaria, y de ninguna manera alumbra en dirección al sentido del mundo. La posición de Weber, de marcado aire nietzscheano, es en este punto semejante a la del joven Wittgenstein, quien declaraba hacia el final de su *Tractatus Logico-Philosophicus*, que

Nosotros sentimos que incluso si todas las posibles cuestiones científicas pudieran responderse, el problema de nuestra vida no habría sido más penetrado (1979:201[TLF 6.52]).

Se opera aquí, por ende, un giro manifiesto en relación a la modernidad ilustrada: no sólo la ciencia es incapaz de esclarecer el sentido de nuestra época, sino que el propio sentido de los procesos de racionalización modernos se sustraen a toda explicación científica, quedando planteados solamente como procesos que deben ser constatados o comprendidos desde el punto de vista del actor, pero nunca teleológicamente justificados desde un punto de vista racional. La añeja lucha entre la luz y la oscuridad,

11. El sociólogo Jeffrey Alexander analiza este bicefalismo político de la universidad anglosajona en su artículo "The University and Morality" (1988:175-192). Pero puede consultarse también sobre este punto el ya clásico Burton Clark sobre los diferentes niveles de gobierno y de autoridad en la moderna universidad; cf. Clark, 1981.

donde la ciencia y la universidad ilustrada aparecían del lado de la luz, ya no es un conflicto vigente; la ciencia, con su pretendida neutralidad valorativa, contempla ahora, desde la cima de sus verdades, el escenario de otros combates, en los que los hombres se desgarran por sus valores, con el único consuelo para la ciencia de poder comprenderlos, e incluso de poder comprenderlos mejor de lo que los hombres podrían comprenderse a sí mismos. Esa ciencia ya carece de toda ambición sustantiva de fundamentación, y por ende ha declinado toda justificación de las tesis ético-políticas, estéticas o históricas. Esto es lo que Weber denomina *neutralidad valorativa*, *Wertfreiheit* (1990:222 y ss.), y que debe marcar el *ethos* de la universidad científica. Ahora bien, esta concepción debilitada e instrumental de la ciencia está sin embargo impregnada todavía de un ideal de verdad científica, que es condición de sentido, todavía en Weber, Parsons y Merton, de esa forma de existencia que es propia de la actividad académica moderna. Por otra parte, del abandono de la filosofía de la historia no ha resultado todavía en Weber una supresión lisa y llana del sentido, como si el triunfo del avasallamiento burocrático que amenaza con su "Jaula de hierro" a las sociedades modernas hubiese ya engullido de un bocado toda la modernidad tardía. El futuro en Weber sigue siendo abierto y en algún modo contingente, mientras subsista la lucha política¹².

Desreferencialización del sistema de educación superior

El término "desreferencialización" es elaborado por Bill Readings en su ensayo *The University in Ruins* (Readings, 1996). El autor parte de la noción de "excelencia" (*excellence*), catapultada en las últimas décadas del siglo XX al centro de la idea de evaluación y de medición de la calidad académica, y que subyace en varias de las legislaciones de los noventa sobre evaluación externa¹³. Ahora bien, una simple mirada sobre los usos de este término nos permite ver que el mismo carece de referencia:

Generally, we hear a lot of talk from University administrators about excellence, because it has become the unifying

12. Véase para el modelo de la neutralidad valorativa de la ciencia en Weber y en Parsons, Alexander, 1988: 175-192. Véase asimismo Parsons y Platt, 1973. Igualmente, véase Merton, 1977.

13. Cf. Readings, 1996: 21 y ss.

*principle of the contemporary University. C.P. Snow's "Two Cultures" have become "Two Excellences", the humanistic and the scientific. As an integrating principle, excellence has the singular advantage of being entirely meaningless, or to put it more precisely, non-referential*¹⁴.

Para ilustrar la falta de referencialidad Readings cita un discurso del decano de Ingeniería de la Universidad de California en Irving, en el que la palabra excelencia aparece al menos cinco veces en funciones diferentes: a propósito de los programas de estudio, de la gestión, de la presión administrativa a la universidad, de los desafíos del futuro y, por último, a propósito de la figura misma del decano¹⁵. El término de excelencia carece de referencialidad en el sentido en que:

- a) Cosas muy diferentes son susceptibles de ser llamadas excelentes sobre la base de criterios totalmente heterogéneos: un avión es excelente y un bote es excelente, pero no con los mismos criterios.
- b) El término viene enteramente del mercado de servicios y de producción, es decir, del léxico empresarial: decimos del servicio de taxis que es excelente, del restaurant, del producto fabricado, de un mueble, etc.
- c) El término se encuentra adosado a una supuesta neutralidad valorativa: se introdujo, en efecto, como signifiante para implementar lo que algunos especialistas han llamado "la autonomía evaluada" (Schugurensky, 1999), es decir, la cuantificación y homogeneización de instancias que en principio son heterogéneas. Pero aquí, precisamente, disfraza el juicio evaluativo o juicio de valor en un juicio de hecho. Cuando, en el curso de una evaluación externa, se concluye la excelencia, se lo hace pasar como si se estuvieran evaluando solamente estados de cosas: número de doctores, tasa de deserción, número de tesis, etc. Lo que queda disimulado es el juicio de valor, el criterio axiológico, el hecho de que no se trata meramente de una descripción.
- d) Generalmente los administradores universitarios asumen que la idea de "excelencia" coordina los procesos intra-académicos, y la noción de "pertinencia", la función extra-académica o función social de la universidad y de los estudios superiores. Pero en verdad, si uno

14. "Generalmente escuchamos mucho a los administradores de la universidad hablar sobre la excelencia, porque se ha vuelto el principio de unificación, de la universidad contemporánea. El texto de C.P. Snow 'Dos culturas', Snow, 1969, se ha vuelto 'dos excelencias', la humanista y la científica. Como principio de integración, la excelencia posee la singular ventaja de estar enteramente privada de significado, o para ponerlo con mayor precisión, de ser "no-referencial" (la traducción es nuestra; para el original, Readings, 1996: 22).

15. Readings, 1996: 23.

mira de cerca el uso de la noción de excelencia, puede constatarse con Bill Readings que la excelencia tiene un carácter proteico, dado que está distribuida en todos los niveles de la evaluación: de la cátedra al departamento, de la investigación básica a la aplicada, de la docencia a los aspectos financieros de la gestión y, lo que es más sugerente, es en el nivel de coordinación burocrática que la excelencia viene a desempeñar el papel de evaluación de máxima jerarquía, subordinando por ende a la pertinencia social como a la excelencia simplemente intra-disciplinaria, que se vuelven parámetros de la excelencia en un nivel de gobierno universitario más general, que es el apto para el ranking universitario comparado¹⁶. Por ende la noción de excelencia conjuga también los procesos administrativos y el ranqueo, y no solo los procesos intra-disciplinarios, como haría pensar una noción ingenuamente epistemológica o cognitiva de excelencia.

- e) En consecuencia, la excelencia carece de referencia, en el sentido de que va de par con la pérdida de la Idea de Universidad:

To put this another way, the appeal to excellence marks the fact that there is no longer any idea of the University, or rather that the idea has now lost all content. As a non-referential unit of value entirely internal to the system, excellence marks nothing more than the moment of technology's self-reflection. All that the system requires is for activity to take place, and the empty notion of excellence refers to nothing other than the optimal input/output ratio in matters of information¹⁷.

En síntesis, la universidad de la excelencia es para Readings la universidad sin (una) idea de Universidad. La noción de la des-referencialización de la universidad contemporánea ha sido asimismo indicada, desde otras perspectivas, por Habermas (1991), y se encuentra también en el diagnóstico de Giddens (1990) acerca de la modernidad tardía en términos de procesos de “desempotramiento” (*disembedding processes*). Este no es por ende un diagnóstico aislado sino que se encuadra dentro del marco del análisis de la globalización contemporánea como proceso sistémico. Nociones como “excelencia” o

16. Readings, 1996: 126.

17. “Para ponerlo de esta otra manera: el llamado a la excelencia marca el hecho de que no hay ya ninguna idea de Universidad, o incluso, que la idea de universidad perdió ahora todo contenido. En cuanto unidad no referencial de valor enteramente interna al sistema, la excelencia marca precisamente el momento de la autorreflexividad tecnológica. Todo lo que el sistema exige es que la actividad tenga lugar, y la noción vacía de excelencia no se relaciona con nada más que con la óptima ratio de entrada-salida (*input-output*) en materia de información”. (Trad. nuestra; original: Readings, 1996: 39).

“pertinencia” son comodines para coordinar el sistema de una manera funcionalista, pero que carecen de referencia externa: no remiten ni a la idea de estado-nación, ni a la idea de historia ni a una idea de sujeto ni tan siquiera a una vocación de verdad, en la que todavía bañaba el *pathos* del especialista weberiano. En este nuevo marco de tono administrativista las universidades son conminadas, en nombre de la excelencia, a adoptar valores de performance económica, exhibiendo una porosidad e hibridación cada vez mayor con los valores de la sociedad de mercado, en términos de competencia descarnada por los recursos y favoreciendo una segmentación y diferenciación económica intensiva al interior mismo del marco estatal y público. La diferenciación universitaria en términos de los parámetros materiales y simbólicos, que van del salario de los docentes a las misiones declaradas de cada universidad, los sistemas de ingreso, los diplomas, etc. son el reflejo más visible de la des-referencialización, ya que las universidades quedan libres de rellenar sus contenidos de manera diferenciada siempre que respeten los criterios formales de su regulación funcional. En ese sentido las universidades delatan, en lo que hace a la interpretación de su “pertinencia” y de su “sentido”, una multiplicidad de niveles semánticos heterogéneos: lo local, lo regional, lo nacional, lo global, etc.

Esta nueva cultura organizacional, en la que muchos ven la transformación de las universidades en empresas educativas dentro de un mercado de educación superior de alcance cada vez más global, regulado por rankings internacionales que cobran una importancia cada vez más gravitante como presión externa¹⁸, no clausura sin embargo la conflictividad universitaria ni logra tampoco reducir la universidad a un sistema ni a un consenso funcionalista, sino que genera nuevas fracturas y conflictos, que se expresan como conflictos de racionalidad que recortan transversalmente las prácticas y las formas de vida universitaria. El viejo conflicto de las facultades se ha transformado así, dentro del marco de la globalización, en los conflictos de racionalidades, como síntoma del exceso e irreductible abertura universitarias en relación al mundo reificado de los sistemas, en el sentido de una imposibilidad de clausurar sistémicamente la racionalidad universitaria, cuyo exceso e indisciplina críticas en relación a la cultura sistémica, irrumpe y se expresa en ocasión de las prácticas,

18. Es suficiente considerar la importancia que ha tenido últimamente el ranking de Shangai en la definición de las flamantes políticas universitarias del gobierno conservador francés, cuya secretaria de políticas universitarias Valérie Pécresse declaró como objetivo central de su política hacer entrar diez universidades francesas dentro de las cien primeras universidades del ranking de Shangai, para notar el alcance casi fetichista de estas mediciones globales, semejantes a las medidoras de riesgo crediticio en el mundo mercantil.

en términos de racionalidades en disputa contra la racionalidad económica¹⁹.

Bibliografía

- Alexander, J. (1988) "The University and Morality". En: *Action and Its Environments. Towards a New Synthesis*. New York. Columbia University Press.
- Benjamin, W. (2005) *Libro de los pasajes*. Madrid. Akal.
- Clark, B. (1981) *El sistema de Educación Superior*. México. UNAM.
- Derrida, J. (1990) "Mochlos-ou le conflit des facultés". En: *Du droit à la philosophie*. París. Galilée, 397-438.
- Foucault, M. (1984) *¿Qué es la Ilustración?* Córdoba. Alción Editora.
- Giddens, A. (1990) *The consequences of Modernity*. Stanford. Stanford of University Press.
- Grossein, J.P. (1996) *Présentation de la Sociologie des religions de Weber*. París. Gallimard.
- Habermas, J. (1991) "The Idea of the University: leaning processes". En: Jürgen Habermas, *The New Conservatism: Cultural Criticism and the Historians' Debate* [ed. and trans. by Shierry Weber NicholSEN]. Cambridge. MIT Press.
- Hartog, F. (2003) *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. París. Seuil.
- Kant, I. (1784) *¿Qué es la Ilustración? Y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Madrid. Alianza Editorial, 2004.
- Kant, I. (1790) *Crítica del Discernimiento*. Madrid. Machado Libros, 2003, traducido por Roberto Aramayo.
- Kant, I. (1793) *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid. Alianza, 1981.
- Kant, I. (1795) *Hacia la paz perpetua*. Madrid. Machado Libros, 2003, traducido por Roberto Aramayo.
- Kant, I. (1798) *El conflicto de las facultades*. Madrid. Alianza Editorial, 2003.
- Liotard, J.F. (1994) *El entusiasmo*. Barcelona. Editorial Gedisa.
- Liotard, J.F. (1999) *La diferencia*. Barcelona. Editorial Gedisa.
- Naishtat, F. (2005) "Revolución, discontinuidad y progreso en Kant", *Revista Latinoamericana de Filosofía*. Buenos Aires. N°2-Primavera (xxx1).
- Merton, R. (1977) *La sociología de la ciencia. Investigaciones teóricas y empíricas*, vols 1 y 2. Madrid. Alianza.
- Parsons, T. y Platt, G. (1973) *The American University*. Cambridge, Mass. Harvard University Press.
- Readings, B. (1996) *The University in Ruins*. Cambridge. Harvard University Press.
- Schugurensky, D. (1999) "¿Quo vadis universidad pública? Tendencias globales y el caso argentino". En: Casanova Cardiel, Hugo y Rodríguez Gómez, Roberto (comps.), *Universidad contemporánea. Política y gobierno*. México. UNAM.

19. La idea de un exceso universitario en relación a lo sistémico la encontramos tanto en Derrida (1990) como en Habermas (1991).

- Snow, C.P. (1969) *Two Cultures and A Second Look*. Cambridge. Cambridge University Press.
- Weber, M. (1922) *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, I. J.C.B. Mohr (Paul Siebeck). Tübingen, 1988.
- Weber, M. (1913) "La «objetividad» cognoscitiva de la ciencia social y de la política social". En: *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires. Amorrortu, 1973.
- Weber, M. (1986) "La ciencia como vocación". En: *Ensayos de sociología contemporánea* I. México. Planeta.
- Weber, M. (1990) "El sentido de la «neutralidad valorativa» de las ciencias sociológicas y económicas". En: *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Wittgenstein, L. (1979) *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid. Alianza.

RESUMEN: En este capítulo se establecen dos estructuras de conflictividad universitaria: por una parte, el "conflicto de las facultades", que toma su nombre de la expresión kantiana "Streit der Fakultäten", y que condensa el pasaje de la universidad tradicional a la universidad moderna, signado por la lucha entre la razón y la tradición; por otra parte, el "conflicto de racionalidades", que caracteriza aquí el tránsito de la universidad ilustrada a la universidad post-ilustrada, y que acusa una singular "desreferencialización" de la universidad a través de una diseminación en distintas direcciones de las actividades universitarias, según parámetros formales de competitividad y de excelencia. El pasaje de la idea de universidad a la noción sistémica de educación superior bajo criterios funcionalistas de sistema de universidades bajo gobernanza global según flujos de intercambio autorregulados absorbería de esta manera la conflictividad entre racionalidades como una pauta del pluralismo complejo de la enseñanza superior. De este modo la crítica quedaría homologada al interior del sistema y no ya como un exceso en relación al mismo. Sin embargo, en contra de una clausura sistémica de la universidad en sistema de enseñanza superior, se aduce que las reservas de sentido histórico de la universidad ilustrada son fuerzas que subyacen en exceso a lo sistémico, planteando una meta-conflictividad latente que irrumpe, discontinúa y resiste endémicamente a la lógica sistémica.

PALABRAS CLAVE: conflicto de facultades, conflicto de racionalidades, ilustración, desreferencialización, sistema, exceso.

ABSTRACT: Dans ce chapitre on établit deux structures de conflictivité universitaire : d'une part, le « conflit des facultés », qui prend son nom de l'expression kantienne « Streit der Fakultäten », et qui condense le passage de l'université traditionnelle à l'université moderne, caractérisé par la lutte entre la raison et la tradition ; d'autre part, le « conflit de rationalités », qui caractérise ici le transit de l'université illustrée à l'université post-illustrée, et qui accuse une singulière « déréférencialisation » de l'université à travers une dissémination dans différentes directions des activités universitaires, selon des paramètres formels de compétitivité et d'excellence. Le passage de l'idée d'université à la notion systématique d'éducation supérieure sous des critères fonctionnalistes de système d'universités sous gouvernance globale selon des flux d'échange autorégulés absorberait de cette manière le caractère conflictuel entre des rationalités comme une règle du pluralisme complexe de l'enseignement supérieur. De cette manière la critique serait homologuée à l'intérieur du système et non déjà comme un débordement ou une rupture par rapport à ce dernier. Toutefois, contre une clôture systématique de l'université en système d'enseignement supérieur, on allègue que les réserves de sens historique de l'université illustrée sont des forces qui sont sous-jacentes et qui débordent toujours le plan systématique de l'enseignement supérieur, en discontinuant et résistant à la logique de système.